

*Los estudios subalternos como crítica postcolonial**

Gyan Prakash

Universidad de Princeton

Fecha de aceptación definitiva: 29 de junio de 2010

Resumen: El autor describe las principales líneas de investigación del grupo de Estudios Subalternos y su evolución. El grupo tomó como punto de partida el concepto de subalterno de Antonio Gramsci y se propuso reescribir la historia del Sudeste asiático desde la perspectiva de los grupos sociales subordinados. Aunque muy pronto este proyecto fue más allá de la «historia desde abajo» y el grupo pasó a investigar temas como el funcionamiento de los discursos dominantes del colonialismo, el nacionalismo y la modernidad y sus efectos sobre la subordinación de las otras formas de conocimiento y de acción humanas. Los historiadores postcoloniales sostienen que la capacidad de acción de los grupos subalternos, aunque suprimida por esos discursos, puede ser rastreada en los actos de contención y de represión ejercidos contra ellos. Este concepto de subalternidad propicia, asimismo, una crítica de la Modernidad occidental, pues ésta, a través del colonialismo, el estado-nación y la ideología moderna, ha marginado a los «otros» como fuentes de conocimiento y de acción histórica. De ahí que los Estudios Subalternos consideren urgente una renovación de la disciplina histórica, con el fin de que la historia sea contada desde una perspectiva postcolonial y subalterna.

Palabras clave: Estudios Subalternos, los subalternos, historia desde abajo, crítica de la Modernidad.

Abstract: The author maps the principal lines of inquiry pursued by the Subaltern Studies Group and their evolution. The group started with Antonio Gramsci's concept of the subaltern and sought to rewrite South Asian historiography from the perspective of this subordinated social groups. But the project soon moved away from the «history-from-below» and the work of the group therefore turned to the functioning of dominant discourses of colonialism, nationalism, and modernity and their effects in subordinating other forms of knowledge and human action. These scholars argued that, though suppressed, subaltern

* Publicación original: "Subaltern Studies as Postcolonial Criticism", *The American Historical Review*, 99, 5 (1994), pp. 1475-1490.

Traducción de Laura Dueñas González.

Agradezco a Frederick Cooper y a Florencia Mallon sus comentarios y sugerencias. Aunque no he seguido sus consejos en cada caso, sus cuidadosas y críticas lecturas fueron útiles al repensar y reescribir este ensayo.

agency could be read in the acts of containment and repression exerted against it in the dominant discourses. This concept of subalternity yields a critique of the modern West, which, through colonialism, the nation-state, and the ideology of modernity, has marginalized the «other» as a source of knowledge and historical action. The Subaltern Studies scholars accordingly urge revision of the discipline of history to allow the story to be told from a postcolonial, subaltern perspective.

Key words: Subaltern Studies, the subalterns, history from below, critique of Modernity.

Advertir la ebullición producida por los Estudios Subalternos en disciplinas tan diversas como la Historia, la Antropología y la Literatura es reconocer la fuerza de la reciente crítica postcolonial. Esta crítica ha obligado a una radical reconsideración del conocimiento y las identidades sociales creadas y autorizadas por el colonialismo y la dominación occidental. Por supuesto, el colonialismo y su legado habían sido desafiados con anterioridad. Uno sólo tiene que pensar en las rebeliones nacionalistas contra la dominación imperialista y en la implacable crítica del marxismo al capitalismo y al colonialismo. Pero ni el nacionalismo ni el marxismo rompieron del todo con los discursos eurocéntricos¹. El nacionalismo, al tiempo que invirtió el pensamiento oriental, y atribuyó capacidad de acción [agency] e historia a la nación sometida, hizo una defensa del orden de la Razón y el Progreso instituidos por el colonialismo. Cuando los marxistas centaban su atención en la explotación colonial, su crítica se enmarcaba en un esquema historicista que universalizaba la experiencia histórica europea. La emergente crítica postcolonial, por el contrario, busca anular el eurocentrismo producido por la institución de la trayectoria de Occidente, su apropiación del otro como Historia. Lo hace, sin embargo, con la aguda comprensión de que su propio aparato crítico no goza de una distancia panóptica de la historia colonial, sino que existe como una secuela, como un después de ser elaborado por el colonialismo². Esta crítica constituida como una secuela reconoce que habita las estructuras de la dominación occidental que intenta deshacer. En este sentido, la crítica postcolonial es deliberadamente interdisciplinar, surgiendo en los intersticios de las disciplinas de poder/ conocimiento a las que critica. Esto es lo que Homi Bhabha llama una posición

¹ Al denominar esas visiones como eurocéntricas, no quiero decir que siguieran la estela de los autores y pensadores occidentales. La Eurocentricidad se refiere aquí al historicismo que Occidente proyectó como Historia.

² En otra parte, elaboro y ofrezco ejemplos sobre esta noción de lo postcolonial. Véase mi «Introduction: After Colonialism», en G. Prakash (ed.), *After Colonialism: Imperial Histories and Postcolonial displacements*, Princeton, NJ, 1995. Gayatri Chakravorty Spivak habla de la postcolonialidad en términos similares. «Nosotros estamos siempre después del imperio de la razón, nuestras apelaciones a ella son siempre inadecuadas». SPIVAK, Gayatri Chakravorty: «Poststructuralism, Marginality, Postcoloniality and Value», en M. Collier y H. Geyer-Ryan (eds.), *Literary Theory Today*, Cambridge, Polity, 1990, p. 228. Mientras los teóricos literarios han jugado un papel destacado al obligar a introducir la crítica postcolonial en la agenda de la investigación académica, no han sido los únicos; el trabajo de los historiadores de los Estudios Subalternos debe ser considerado una parte importante de la crítica postcolonial. Para otros ejemplos de la contribución de los historiadores a esta crítica, véase DIRKS, Nicholas B.: *Colonialism and Culture*, Ann Arbor, University of Michigan, 1992; COOPER, Frederick, ISAACMAN, Allen F., MALLON, Florencia C., ROSEBERRY, William y STERN, Steve J. (eds.): *Confronting Historical Paradigms: Peasants, Labor, and the Capitalist World System in Africa and Latin America*, Madison, University of Wisconsin, 1993; PRAKASH, Gyan: *Bonded Histories: Genealogies of Labor Servitude in Colonial India*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990; y RAFAEL, Vicente L.: *Contracting Colonialism: Translation and Christian Conversion in Tagalog Society under Early Spanish Rule*, Ithaca, NY, 1988. Los ensayos de Frederick Cooper y Florencia Mallon en este número de *American Historical Review* también mencionan una serie de trabajos históricos que han contribuido a la actual crítica postcolonial.

intermedia, posición híbrida de práctica y negociación, o lo que en términos de Gayatri Chakravorty Spivak es la catacrisis: «inversión, dislocación, y apropiación del aparato de codificación de los valores»³.

La difusión de los Estudios Subalternos, que comenzaron en 1982 como una intervención en la historiografía del Sur de Asia y que desarrollaron una vigorosa crítica postcolonial, debe ser situada en una compleja, catacrésica reelaboración del conocimiento. El desafío que planteó a la investigación histórica existente se ha hecho sentir no sólo en los estudios del Sur de Asia, sino también en la historiografía de otras regiones y en otras disciplinas además de la historia. El término «subalterno» ahora aparece con creciente frecuencia en los estudios sobre África, América Latina y Europa, y los análisis subalternos se han convertido en una forma reconocible de crítica académica en historia, literatura y antropología.

La constitución de los Estudios Subalternos como una intervención en la historiografía del Sur de Asia se produjo en los albores de la creciente crisis del Estado indio en la década de 1970. La dominación del estado-nación, configurada a través de compromisos y coerción durante la lucha nacionalista contra el Imperio Británico, se tornó precaria a medida que su programa de modernización capitalista hacía más pronunciadas las desigualdades sociales y políticas y los conflictos. Enfrentado con el estallido de poderosos movimientos de diferentes orientaciones ideológicas que pusieron en duda su pretensión de representar al pueblo, el Estado recurrió cada vez más a la represión para preservar su dominación. Pero la represión no fue el único medio adoptado. El Estado combinó las medidas coercitivas con el poder del clientelismo y del dinero, por un lado, y el atractivo de los eslóganes y programas populistas, por otro, en una nueva tentativa de asegurar su legitimidad. Estas medidas, iniciadas por el gobierno de Indira Gandhi, aseguraron la dominación del Estado, pero corroyeron la autoridad de sus instituciones. Los componentes clave del estado-nación moderno —los partidos políticos, el proceso electoral, los organismos parlamentarios, la burocracia, la ley y la ideología del desarrollo— subsistieron, pero su derecho a representar la cultura y la política de las masas sufrió un golpe mortal.

En el campo de la investigación histórica, la peligrosa posición del estado-nación en la década de 1970 llegó a ser evidente en la cada vez más atacada historiografía nacionalista. Atacada tenazmente por la «Escuela de Cambridge», que representaba la historia colonial de la India tan sólo como una crónica de la competencia entre sus elites, el edificio legitimador del nacionalismo fue hecho pedazos⁴. Esta escuela

³ BHABHA, Homi K.: *The Location of Culture*, Londres, 1994, pp. 22-26; SPIVAK, Gayatri Chakravorty: «Poststructuralism, Marginality, Postcoloniality...», *op. cit.*, p. 228.

⁴ La afirmación clásica de la «Escuela de Cambridge» se puede encontrar en el estudio de SEAL, Anil: *The Emergence of Indian Nationalism: Competition and Collaboration in the Later Nineteenth Century*,

desenmascaró a la historiografía nacionalista, pero sus análisis basados en la elite convirtieron a la gente común en títeres de sus dominadores. Los marxistas cuestionaron tanto la historiografía nacionalista como la interpretación de la «Escuela de Cambridge», pero su narrativa de los modos de producción se fusionó imperceptiblemente con la ideología de la modernidad y del progreso del estado-nación. Esta relación significó que aunque abanderados de la historia de las clases oprimidas y su emancipación a través del progreso moderno, los marxistas encontraban dificultades para tratar del arraigo de las ideologías «atrasadas» de la casta y la religión. Incapaz de tomar en cuenta la «experiencia vivida» de la religión y las costumbres sociales de los oprimidos, el relato marxista de las rebeliones campesinas o bien pasaba por alto el lenguaje religioso de los rebeldes o lo veía como una mera forma y una etapa en el desarrollo de la conciencia revolucionaria. Así, a pesar de que los historiadores marxistas produjeron estudios impresionantes y pioneros, su pretensión de representar la historia de las masas siguió siendo discutible.

Los Estudios Subalternos se lanzaron a una lucha historiográfica en torno a la representación de la cultura y la política del pueblo. Al acusar a las interpretaciones colonialistas, nacionalistas, y marxistas de privar a la gente común su capacidad de acción, anunció un nuevo enfoque para restaurar la historia a los subordinados. Iniciado por un colectivo editorial compuesto por seis estudiosos del Sur de Asia dispersos a lo largo de Inglaterra, la India y Australia, los Estudios Subalternos fueron concebidos por Ranajit Guha. Un distinguido historiador cuyo trabajo previo más notable era *A Rule of Property for Bengal* (1963), Guha editó los primeros seis volúmenes de *Estudios Subalternos*⁵. Después de que renunciara a ser su editor, los Estudios Subalternos fueron publicados por un equipo editorial rotatorio de dos miembros del grupo. Guha continuó, sin embargo, publicando en los Estudios Subalternos, ahora bajo la dirección de un equipo editorial ampliado y reconstituido.

El establecimiento de los Estudios Subalternos tenía como objetivo, como declaraba el prefacio del primer volumen escrito por Guha, fomentar el estudio

Cambridge, Cambridge University Press, 1968, que plantea que el nacionalismo indio fue producto de las elites educadas en su lucha por los «panes y los peces» de la burocracia estatal. Esta visión fue modificada en GALLAGHER, John, JOGNSON, Gordon y SEAL, Anil (eds.): *Locality, Province and Nation: Essays on Indians Politics, 1870-1940*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973, cuyo punto de vista sobre el nacionalismo es que surgió del compromiso de las elites regionales y locales con las instituciones coloniales. A medida que las instituciones oficiales alcanzaban el nivel de la localidad y la provincia, las elites llegaron al nivel central para asegurar su dominio local y regional, y hallaron en el nacionalismo un instrumento útil para la articulación de sus intereses.

⁵ GUHA, Ranajit: *A Rule of Property for Bengal*, Paris, 1963. Debo mencionar también su importante artículo «Neel Darpan: The Image of a Peasant Revolt in a Liberal Mirror», *Journal of Peasant Studies*, 2 (1974), pp. 1-46, que anticipa su crítica más completa de la historiografía elitista.

y la discusión de los temas subalternos en los estudios sobre el Sur de Asia⁶. El término «subalterno», tomado de las obras de Antonio Gramsci, se refiere a la subordinación en términos de clase, casta, género, raza, lenguaje y cultura y fue usado para significar la centralidad de las relaciones dominador-dominado en la historia. Guha sugirió que mientras los Estudios Subalternos tendrían siempre en cuenta a los dominadores, porque los subalternos están siempre sometidos a su actividad, su propósito era «rectificar la orientación elitista característica de gran parte de la investigación y del trabajo académicos» en los estudios del Sur de Asia⁷. El acto de la rectificación estuvo provocado por la convicción de que las elites habían ejercido la dominación, no la hegemonía, en el sentido de Gramsci, sobre los subalternos. Una expresión de esta creencia fue el argumento de Guha de que los subalternos habían actuado en la historia «*por sí mismos*, esto es, *independientemente de la elite*»; su política constituyó «un dominio *autónomo*, dado que ni se originó en las políticas de la elite, ni su existencia dependió de estas últimas»⁸.

Mientras el énfasis en la subordinación ha seguido siendo central para los Estudios Subalternos, la concepción de subalternidad ha presenciado cambios y usos diversos. Los autores individuales que han contribuido a los volúmenes han divergido también, sin que ello resulte sorprendente, en sus orientaciones. Un cambio en los intereses, el énfasis y las bases teóricas es también evidente a lo largo de los ocho volúmenes de ensayos publicados hasta ahora y en las diversas monografías escritas por los autores subalternistas individuales⁹. Aun así, lo que ha permanecido invariable es el esfuerzo por repensar la historia desde la perspectiva de los subalternos.

No estaba totalmente claro en el primer volumen cómo la adopción de la perspectiva subalterna lograba deshacer la «espúrea primacía atribuida a ellas [las elites]». Los ensayos, oscilando entre la historia agraria y el análisis de la relación entre campesinos y nacionalistas, representaban excelentes aunque no originales

⁶ GUHA, Ranajit: *Subaltern Studies* I, Delhi, Oxford University Press, 1982, p. VII.

⁷ *Ibidem*.

⁸ GUHA, Ranajit: «On Some Aspects of the Historiography of Colonial India», en *Subaltern Studies* I... *op. cit.*, pp. 3-4.

⁹ *Subaltern Studies* I-VI, Delhi, Oxford University Press, 1982-1989, editado por Ranajit GUHA; vol. VII, Delhi, Oxford University Press, 1992, editado por Gyanendra PANDEY y Partha CHATTERJEE; vol. VIII, Delhi, Oxford University Press, 1993, editado por David ARNOLD y David HARDIMAN; GUHA, Ranajit: *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, Delhi, Oxford University Press, 1983; CHATTERJEE, Partha: *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?*, Londres, Zed Books for the United Nations University, 1986; y *The Nation and Its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1993; CHARABARTY, Dipesh: *Rethinking Working-Class History: Bengal 1890-1940*, Princeton, Princeton University Press, 1989; HARDIMAN, David: *The Coming of the Devi: Adivasi Assertion in Western India*, Delhi, Oxford University Press, 1987; y PANDEY, Gyanendra: *The Construction of Communalism in Colonial North India*, Delhi, Oxford University Press, 1990.

trabajos. Aunque todas las contribuciones intentaron resaltar las vidas y la presencia histórica de las clases subalternas, no era novedosa ni la profunda y perspicaz investigación en la historia social y económica ni la crítica a la apropiación nacionalista india de los movimientos campesinos; los historiadores marxistas, en particular, habían hecho ambas cosas¹⁰. Fue con el segundo volumen que la originalidad y la rebeldía de los Estudios Subalternos llegó a ser clara.

El segundo volumen hizo una enérgica reivindicación de los sujetos subalternos y empezó a demostrar cómo la capacidad de acción de los subalternos en la historia había sido negada por las perspectivas elitistas ancladas en las narrativas colonialistas, nacionalistas y/o marxistas. Al argumentar que estas narrativas habían buscado representar la conciencia y capacidad de acción de los subalternos según esquemas que codificó la dominación elitista, Guha afirmaba que la historiografía había tratado «al campesino rebelde como una persona meramente empírica o un miembro de una clase, pero no como una entidad cuya voluntad y razón constituyeron la praxis denominada rebelión»¹¹. Los historiadores tenían tendencia a describir las rebeliones campesinas como erupciones espontáneas que «estallan como tormentas de truenos, sacuden como terremotos, se propagan como la pólvora»; alternatively, caracterizaron a las rebeliones como una acción refleja a la opresión económica y política. «De cualquiera de las dos formas la insurgencia es considerada como *externa* a la conciencia de los campesinos y la Causa es creada para colocarla como un fantasma sustituto de la Razón, la lógica de la conciencia»¹².

¿Cómo desarrolló la historiografía este punto ciego?, se preguntaba Guha. Respondiendo a esta pregunta, su «Prosa de la Contra-Insurgencia» ofrece un metodológico *tour de force* y una perspicaz lectura de las obras históricas sobre la insurgencia campesina en la India colonial. Al describir estas obras como textos contra-insurgentes, Guha comienza distinguiendo tres tipos de discursos —primario, secundario y terciario—. Estos difieren entre sí en términos del orden de su aparición en el tiempo y del grado de su reconocida o irreconocida identificación con el punto de vista oficial. Analizando cada uno sucesivamente, Guha muestra la presencia, transformación y redistribución de un «código contra-insurgente». Este código, presente en los informes inmediatos de la insurgencia producidos por los oficiales (discurso primario), es procesado en otro tiempo y con otra narrativa por los informes y memorias oficiales (discurso secundario) y es luego incorporado

¹⁰ Véase, por ejemplo, SIDDIQI, Majad: *Agrarian Unrest in North India: The United Provinces, 1918-22*, Delhi, Oxford University Press, 1978; y BANAJI, Jairus: «Capitalist Domination and Small Peasantry: Deccan Districts in the Late Nineteenth Century», *Economic and Political Weekly*, 12, 33 (1977), pp. 1375-44.

¹¹ GUHA, Ranajit: «The Prose of Counter-Insurgency», en *Subaltern Studies II*, Delhi, Oxford University Press, 1983, p. 2.

¹² *Ibidem*, pp. 2-3.

y redistribuido por historiadores que no tienen afiliación oficial y que están aún más alejados del tiempo del evento (discurso terciario). El «código de la pacificación», inscrito en los datos «brutos» de los textos primarios y en las narrativas de los discursos secundarios, subsiste, y forja el discurso terciario de los historiadores en la medida en que no consiguen leer en ellos la presencia del otro excluido, el insurgente. Por consiguiente, aunque los historiadores producen relatos que se diferencian de los discursos secundarios, su discurso terciario termina también apropiándose del insurgente. Consideremos, por ejemplo, el tratamiento de las rebeliones campesinas. Cuando los oficiales coloniales, usando informes sobre el terreno que contenían «el código de la pacificación», culparon a los malvados terratenientes y a los astutos prestamistas por el acaecimiento de estos acontecimientos, usaban la causalidad como un instrumento contra-insurgente: identificar la causa de la revuelta fue un paso dirigido hacia su control y constituyó una negación de la capacidad de acción de los insurgentes. En la historiografía nacionalista, esta negación adquirió una forma diferente, en la medida en que el imperio británico, más que la opresión local, llegó a ser la causa de las revueltas y convirtió las rebeliones campesinas en luchas nacionalistas. Los historiadores radicales, también, terminaron incorporando el código contra-insurgente del discurso secundario en la medida en que explicaban las revueltas campesinas en relación con un continuum revolucionario conducente al socialismo. Todos estos relatos terciarios fueron incapaces de escapar del paradigma de la contra-insurgencia, argumenta Guha, pues rechazaban reconocer la subjetividad y la capacidad de acción del insurgente¹³.

Claramente, el proyecto de restaurar la capacidad de acción del insurgente implicaba, como señaló Rosalind O'Hanlon en una inteligente reseña, la idea de la «recuperación del sujeto»¹⁴. De esta manera, aunque leyendo los documentos a contracorriente, estos estudiosos han buscado descubrir los mitos, cultos, ideologías y revueltas de los subalternos de las que las elites coloniales y nacionalistas intentaron apropiarse y que la historiografía convencional ha dejado a un lado mediante la mortal arma de la causa y el efecto. *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India* (1983) de Ranajit Guha es un intenso ejemplo de trabajo académico que intenta recuperar al campesino de los proyectos elitistas y de la historiografía positivista. En este estudio de gran alcance lleno de ideas brillantes e innovación metodológica, Guha retorna a las insurrecciones campesinas del siglo diecinueve en la India colonial. Al leer los documentos coloniales y las representaciones historiográficas con una mirada extraordinaria, nos ofrece un fascinante relato de la conciencia, rumores, visiones míticas, religiosidad y lazos

¹³ *Ibidem*, pp. 26-33.

¹⁴ O'HANLON, Rosalind: «Recovering the Subject: *Subaltern Studies* and Histories of Resistance in Colonial South Asia», *Modern Asian Studies*, 22 (1988), pp. 189-224.

de comunidad de los campesinos insurgentes. Del relato de Guha emergen los subalternos con formas de sociabilidad y comunidad política que discrepan con la nación y la clase, desafiando los modelos de racionalidad y acción social que usa la historiografía convencional. Guha arguye persuasivamente que tales modelos son elitistas en la medida en que niegan la conciencia autónoma de los subalternos y que están trazados a partir de los proyectos colonial y liberal-nacionalista de apropiación de los subalternos.

Es cierto que el esfuerzo de recobrar la autonomía del sujeto subalterno guarda semejanzas con el enfoque de la «historia desde abajo» desarrollado por la historia social en Occidente. Pero la búsqueda subalternista de un sujeto-agente humanista frecuentemente terminó con el descubrimiento del fracaso de la capacidad de acción subalterna: el momento de la rebelión siempre contiene dentro de sí el momento de la derrota. El deseo de recobrar la autonomía de los subalternos se vio repetidamente frustrado porque la subalternidad, por definición, significaba la imposibilidad de la autonomía: las rebeliones subalternas solamente ofrecieron efímeros momentos de desafío, «una noche de amor», no «un amor para toda la vida»¹⁵. En la medida en que estos estudiosos no lograron reconocer completamente que la resistencia de los subalternos no simplemente se opuso al poder sino que estaba también constituida por él, su propio trabajo mostró que éste era el caso. Complicando aun más el afán por recobrar el sujeto estaba el hecho de que, a diferencia de la historia social británica y de los Estados Unidos, los Estudios Subalternos hicieron uso de obras estructuralistas y postestructuralistas anti-humanistas. Las inteligentes lecturas de los registros coloniales de Ranajit Guha, en particular, se inspiraron explícitamente en Ferdinand de Saussure, Claude Lévi-Strauss, Roman Jakobson, Roland Barthes, y Michel Foucault. En parte, la dependencia de tales teóricos y el énfasis en las lecturas «textuales» emana, como señala Dipesh Chakrabarty, de la ausencia de diarios de los trabajadores y otras fuentes similares disponibles para los historiadores británicos¹⁶. Los campesinos indios no habían dejado fuentes, ni documentos desde los que su propia «voz» pudiera haberse recuperado. Pero el énfasis en las «lecturas» de los textos y el recurso a teóricos como Foucault, cuyas obras arrojan un velo de duda sobre la idea del sujeto autónomo, contenían una conciencia de que el subalterno colonial no fue simplemente una forma de la subalternidad «general». Aunque el funcionamiento de las relaciones de poder en los teatros colonial y metropolitano tenía paralelismos, las condiciones de la subalternidad fueron también irreductiblemente diferentes. Los Estudios

¹⁵ DAS, Veena: «Subaltern as Perspective», en *Subaltern Studies* IV, Delhi, Oxford University Press, 1989, p. 315.

¹⁶ CHAKRABARTY, Dipesh: «Trafficking in History and Theory: Subaltern Studies», en K. K. Ruthven (ed.), *Beyond the Disciplines: The New Humanities*, Canberra, Australian Academy of the Humanities, 1992, p. 102.

Subalternos, por consiguiente, no tendrían que ser tan sólo la versión india del enfoque de la «historia desde abajo»; tendrían que concebir al subalterno de modo diferente y escribir historias diferentes.

Esta diferencia ha crecido en los siguientes volúmenes de Estudios Subalternos en la medida en que el deseo de recobrar el sujeto subalterno llegó a estar cada vez más entrelazado con el análisis de cómo la subalternidad fue constituida por los discursos dominantes. Por supuesto, la tensión entre la recuperación del subalterno como un sujeto externo al discurso elitista y el análisis de la subalternidad como un efecto de los sistemas discursivos estaba presente ya desde el principio¹⁷. Ello continúa también caracterizando la disciplina de los Estudios Subalternos hoy, como Florencia Mallon advierte en su ensayo en este número de la AHR. Volúmenes recientes, sin embargo, prestan una mayor atención al desarrollo de la emergencia de la subalternidad como un efecto discursivo sin abandonar la noción del subalterno como un sujeto y agente. Esta perspectiva, ampliada desde *Subaltern Studies* III, identifica la subalternidad como una posición de crítica, como una recalitrante diferencia que surge no fuera sino dentro de los discursos elitistas para ejercer presión sobre las fuerzas y formas que la subordinan.

La atención prestada al discurso en la localización del proceso y de los efectos de la subordinación puede ser visto en el influyente *Nationalist Thought and the Colonial World* (1986) de Partha Chatterjee. Un estudio sobre cómo el nacionalismo indio alcanzó su predominio, este libro rastrea los cambios decisivos en el pensamiento nacionalista, conducentes a una «revolución pasiva» —un concepto que él halló en Gramsci para interpretar la consecución de la independencia de la India en 1947 como una revolución masiva que se apropió de la capacidad de acción de la gente corriente—. Al interpretar los cambios en el pensamiento nacionalista, Chatterjee acentúa la presión ejercida en el discurso dominante por el problema de representar a las masas. Los nacionalistas resolvieron este problema marginalizando ciertas formas de acción y expresión de masas que iban en contra de los objetivos orientados hacia la modernidad que ellos derivaban del discurso colonial. Tal estrategia fijó el dominio elitista, pero no la hegemonía sobre la cultura y la política subalterna. Su reciente *The Nation and Its Fragments* (1993) vuelve una vez más a este tema de la apropiación de la subalternidad, bosquejando cómo la nación fue imaginada primero en el ámbito cultural y luego preparada para la lucha política por una elite que «normalizó» las diversas aspiraciones subalternas en torno a la comunidad y la capacidad de acción en el proceso de crear un estado-nación moderno.

¹⁷ El ensayo de Gayatri Chakravorty SPIVAK en *Subaltern Studies* IV ya señaló esta tensión («Subaltern Studies: Deconstructing Historiography», *Subaltern Studies* IV... *op. cit.*, pp. 337-38.)

La investigación del proceso de «normalización» supone un complejo y profundo compromiso con los textos elitistas y canónicos. Esto, por supuesto, no es nuevo para los Estudios Subalternos. Los primeros ensayos, más notablemente «Prosa de la Contra-Insurgencia» de Guha, se dedicaron e interrogaron las obras elitistas con envidiable habilidad e imaginación. Pero estos análisis de los textos elitistas buscaban establecer la presencia de los subalternos como sujetos de su propia historia. El compromiso con los temas y obras elitistas, por contraste, enfatiza el análisis de la operación de dominación en tanto que confrontó, constituyó y subordinó ciertas formas de cultura y política. Este enfoque es visible en el tratamiento de las obras de las figuras políticas de gran autoridad como Mahatma Gandhi y Jawaharlal Nehru y en los análisis de las actividades del Congreso Nacional Indio —el partido nacionalista dominante—. Éstos se esfuerzan por perfilar cómo el nacionalismo elitista reescribió la historia y cómo su reescritura estuvo dirigida simultáneamente a contestar la norma colonial y a proteger sus flancos de los subalternos¹⁸. Otro tema explorado con un propósito similar es el entrelazado funcionamiento del colonialismo, el nacionalismo y el «comunalismo» en la partición de la India Británica en la India y Pakistán —un tema que ha comenzado a adquirir importancia añadida con el reciente resurgimiento de los supremacistas hindúes y los estallidos de los disturbios entre hindúes y musulmanes—¹⁹.

La importancia de tales temas es auto-evidente, pero la significación real del cambio hacia el análisis de los discursos es la reformulación de la noción del subalterno. Es tentador caracterizar este cambio como un abandono de la búsqueda de los grupos subalternos en favor del descubrimiento de discursos y textos. Pero esto sería inexacto. Aunque algunos estudiosos han rechazado la recuperación positivista de los subalternos, la noción de la radical heterogeneidad de éstos con respecto a, pero no con autonomía de, los dominantes sigue siendo crucial. Es cierto, sin embargo, que los estudiosos sitúan esta heterogeneidad en los discursos, incluido el tejido de las estructuras dominantes y su manifestación en el propio funcionamiento del poder. En otras palabras, los subalternos y la subalternidad no desaparecen en el discurso, sino que aparecen en sus intersticios, subordinados por estructuras sobre las cuales ellos ejercen presión. De esta manera Shahid Amin muestra que los nacionalistas indios en 1921-1922, enfrentados con el milenarismo y profundamente subversivo lenguaje de la política campesina, fueron avisados

¹⁸ Excelentes ejemplos a este respecto son AMIN, Shahid: «Gandhi as Mahatma: Gorakhpur District, Eastern UP, 1921-2», en *Subaltern Studies* v, Delhi, Oxford University Press, 1987, pp. 1-61; y «Approver's Testimony, Judicial Discourse: The Case of Chauri Chaura», en *Subaltern Studies* v... *op. cit.*, pp. 166-202.

¹⁹ Véase PANDEY, Gyanendra: *Construction of Communalism in Colonial North India*; y «In Defense of the Fragment: Writing about Hindu-Muslim Riots in India Today», *Representations*, 37 (1992), pp. 27-55.

al reclamar las acciones campesinas como propias y de gandhianas. Incapaces de reconocer la apropiación de Gandhi hecha por los campesinos insurgentes, los nacionalistas indios lo representaron en la estereotípica relación santo-devoto²⁰. Amin desarrolla esta cuestión más aún en su innovadora monografía sobre la violencia campesina en 1922, que terminó con la muerte de varios policías y que condujo a Gandhi a suspender la campaña de no-cooperación contra el Imperio Británico. Retomando esta emotiva fecha en la historia nacionalista india, Amin muestra que este violento acontecimiento, «criminalizado» en el discurso judicial colonial, fue «nacionalizado» por los nacionalistas elitistas, primero mediante una «amnesia obligatoria» y luego a través del recuerdo y la reapropiación selectivos²¹. Para tomar otro ejemplo, Gyanendra Pandey sugiere que el discurso del estado-nación indio, que tuvo que imaginarse la India como una comunidad nacional, no podía reconocer la comunidad (religiosa, cultural, social y local) como una forma política; así que opuso el nacionalismo (calificado de bueno porque «permanece por encima de» las diferencias) al comunalismo (calificado de malvado porque no «se elevó por encima de» las diferencias)²².

Tales reexaminaciones de la historia del Sur de Asia no invocan a los subalternos «reales», preexistentes al discurso, al formular su crítica. Al situar a los subalternos en el laberinto del discurso, no pueden reclamar un acceso no mediado a su realidad. Los verdaderos subalternos y la subalternidad emergen entre los pliegues del discurso, en sus silencios y su ceguera, y en sus sobre-determinados pronunciamientos. Interpretando la violencia campesina de 1922, Amin identifica la presencia subalterna como un efecto en el discurso. Este efecto se manifiesta en un revelador dilema afrontado por los nacionalistas. Por un lado, no podían aprobar la violencia campesina como actividad nacionalista, pero, por otro, tuvieron que reconocer a los «criminales» campesinos como parte de la nación. Intentaron resolver este dilema admitiendo el hecho en la narrativa de la nación mientras negaban su capacidad de acción: los campesinos fueron mostrados actuando de la manera en que lo hicieron porque fueron provocados, o porque estaban insuficientemente entrenados en los métodos de la no-violencia.

La subalternidad emerge de esta manera en las paradojas del funcionamiento del poder, en el funcionamiento del discurso dominante, en la medida en que representa y domestica la capacidad de acción campesina como una respuesta espontánea y «pre-política» a la violencia colonial. Ésta no aparece ya fuera del discurso elitista, como un dominio separado, encarnado en una figura dotada de

²⁰ AMIN, Shahid: «Gandhi as Mahatma...», *op. cit.*, pp. 2-7.

²¹ Véase AMIN, Shahid: *Event, Metaphor, Memory: Chauri Chaura 1922-1992*, Berkeley, University of California, 1995.

²² Véase PANDEY, Gyanendra: *Construction of Communalism... op. cit.*, pp. 235-43 y 254-61.

voluntad que los dominantes reprimen y vencen pero no constituyen. En lugar de eso, se refiere este imposible pensamiento, figura o acción sin el cual el discurso dominante no puede existir y que es reconocido en sus subterfugios y estereotipos.

Este retrato de la subalternidad es ciertamente diferente de la imagen del sujeto autónomo, y ha emergido en el enfrentamiento con la fragmentación sistemática de la documentación sobre la subalternidad. Tales documentos registran tanto el inevitable fracaso de los subalternos para ser por sí mismos como la presión que ellos ejercieron sobre los sistemas discursivos que, a su vez, provocaron su supresión y fragmentación. La representación de esta forma discontinua de subalternidad exige una estrategia que reconozca tanto la emergencia como el desplazamiento de la capacidad de acción subalterna en los discursos dominantes. Es en la adopción de tal estrategia como los estudiosos de los Estudios Subalternos han red desplegado y redefinido el concepto de subalterno, aumentando, y no disminuyendo, su tenacidad.

La relocalización de la subalternidad en el funcionamiento de los discursos dominantes llevada a cabo por los Estudios Subalternos conduce necesariamente a la crítica del Occidente moderno. Porque si la marginalización de «otras» fuentes de conocimiento y capacidad de acción se produjo en el funcionamiento del colonialismo y su derivado, el nacionalismo, entonces el arma de la crítica debe apuntar contra Europa y las formas de conocimiento que instituyó. Es en este contexto en el que emerge una cierta convergencia entre los Estudios Subalternos y las críticas postcoloniales originadas en los estudios literarios y culturales. Para mencionar sólo un ejemplo, no sólo *Orientalism* de Edward Said proporcionó los fundamentos para la crítica de Partha Chatterjee del nacionalismo indio; Said también escribió un admirable prefacio para una colección de ensayos de *Estudios Subalternos*²³. Es importante reconocer que la crítica dirigida a Occidente no está limitada a los documentos coloniales de la explotación y el enriquecimiento, sino que se extiende al conocimiento disciplinar y a los procedimientos que éste autoriza—sobre todo, la disciplina de la historia—.

En un reciente ensayo, Dipesh Chakrabarty ofrece una enérgica crítica de la disciplina académica de la historia como una categoría teórica cargada de poder. Encontrando prematura la celebración de los Estudios Subalternos como un caso exitoso de descolonización del conocimiento, Chakrabarty escribe que

en lo que concierne al discurso académico de la historia —esto es, «la historia» como un discurso producido en el emplazamiento institucional de la universidad—, «Europa» continúa siendo el sujeto soberano, teórico de todas las his-

²³ CHATTERJEE, Partha: *Nationalist Thought and... op. cit.*, pp. 36-39; SAID, Edward: «Foreword», en R. Guha y G. Ch. Spivak (eds.), *Selected Subaltern Studies*, Nueva York, Oxford University Press, 1988, pp. v-x.

torias, incluyendo aquellas que llamamos «india», «china», «keniata», etc. Hay una forma peculiar en la cual todas estas otras historias tienden a convertirse en variaciones de una narrativa maestra que podría ser denominada «la historia de Europa». En este sentido, la propia historia «india» está en una posición de subalternidad; uno sólo puede articular posiciones de sujetos subalternos en el nombre de esta historia²⁴.

El lugar de Europa como un referente silencioso opera de muchas maneras. En primer lugar, está el problema de la «ignorancia asimétrica»: los no-occidentales deben leer a los «grandes» historiadores occidentales (E. P. Thompson o Emmanuel Le Roy Ladurie o Carlo Ginzburg) para producir buenas historias, mientras no se espera que los estudiosos occidentales conozcan los trabajos de los no-occidentales. En efecto, los académicos no-occidentales son reconocidos por su originalidad e imaginación al poner en práctica los géneros de investigación desarrollados por la historia europea; una «historia total» de China, la historia de las *mentalité* en México, la formación de la clase obrera en la India serán probablemente aplaudidos como excelentes estudios.

Aun más importante, sugiere Chakrabarty, es la instalación de Europa como el sujeto teórico de todas las historias. Esta universalización de Europa opera a través de la representación de las historias como la Historia; ni siquiera «los supuestos metodológico-epistemológicos de Marx han resistido siempre exitosamente las lecturas historicistas»²⁵. El estudio de Chakrabarty de los trabajadores del yute en Bengala se dirige precisamente contra el mismo eurocentrismo que subyace al análisis del capital y la lucha de clases de Marx²⁶. En su estudio, Chakrabarty encuentra que las profundamente jerárquicas nociones de casta y religión, provenientes de las tradiciones de la India, animaron la organización y la política de la clase obrera en Bengala. Esto supuso un problema para la historiografía marxista. Si las tradiciones de la India carecieron del «Árbol de la Libertad» que había nutrido, según E. P. Thompson, la conciencia de la clase obrera inglesa, ¿estaban los trabajadores indios condenados a ser menos clase? La alternativa fue imaginar que, tarde o temprano, la clase obrera india alcanzaría el deseado estado de conciencia emancipatoria. Esta visión, por supuesto, asume la universalidad de nociones tales como los derechos del «inglés nacido libre» y «la igualdad ante la ley», y ello presupone que «los obreros de todo el mundo, sin consideración de su pasado cultural específico, *experimentan* ‘la producción capitalista’ de la misma manera»²⁷. Esta posibilidad

²⁴ CHAKRABARTY, Dipesh: «Postcoloniality and the Artifice of History: Who Speaks for ‘Indian’ Pasts?», *Representations*, 37 (1992), p. 1. [Ed. esp.: «La postcolonialidad y el artificio de la historia: ¿quién habla en nombre del pasado «indio»?», *Historia Social*, 39 (2001), pp. 87-110].

²⁵ *Ibidem*, p. 4.

²⁶ Véase CHAKRABARTY, Dipesh: *Rethinking Working-Class... op. cit.*

²⁷ *Ibidem*: p. 223.

sólo puede plantearse si es asumido que existe un sujeto universal imbuido de una narrativa emancipatoria. Tal supuesto, sugiere Chakrabarty, está presente en el análisis de Marx, el cual, aunque distinguiendo cuidadosamente al proletario del ciudadano, recurre sin embargo a las nociones ilustradas de libertad y democracia para definir la narrativa emancipatoria. Como resultado, los obreros del yute, que se resistieron a los ideales burgueses de la igualdad ante la ley con su visión jerárquica de una comunidad pre-capitalista, están condenados al «atraso» en los relatos marxistas. Más aun, ello permite al estado-nación entrar en escena como el instrumento de la transformación liberal de las masas cautivas-de-la-jerarquía.

No es sorprendente, por consiguiente, que los temas de la transición histórica ocupen un lugar prominente en la escritura de las historias no-occidentales. Los historiadores se preguntan si estas sociedades consiguieron una exitosa transición hacia el desarrollo, la modernización y el capitalismo y frecuentemente contestan negativamente. Una sensación de fracaso abruma la representación de la historia de estas sociedades. Tanto es así que hasta los proyectos contestatarios, incluyendo los Estudios Subalternos, reconoce Chakrabarty, escriben sobre las historias no-occidentales en términos de transiciones fallidas. Tales imágenes de transiciones abortadas refuerzan la subalternidad de las historias no-occidentales y la dominación de Europa como Historia²⁸.

El predominio de Europa como historia no sólo torna subalternas a las sociedades no-occidentales, sino que también sirve a los propósitos de sus estados-nación. En efecto, los Estudios Subalternos desarrollaron su crítica de la historia en el transcurso de su examen del nacionalismo y del estado-nación indios. La reconstrucción de Guha del lenguaje de la política campesina en su *Elementary Aspects of Peasant Insurgery in Colonial India* está basada en el argumento de que la historiografía nacionalista se vio envuelta en una apropiación sistemática de los campesinos al servicio del nacionalismo elitista. El trabajo de Chatterjee contiene un extenso análisis de *Discovery of India* de Jawarharlal Nehru, un texto fundacional del nacionalismo, demostrativo del uso de la Historia, la Razón y el Progreso en la normalización de la «irracionalidad» campesina²⁹. La ineludible conclusión de tal análisis es que «la historia», autorizada por el imperialismo europeo y por el estado-nación indio, funciona como una disciplina, tornando poderosas ciertas formas de conocimiento mientras deslegitima otras.

²⁸ CHAKRABARTY, Dipesh: «Postcoloniality and the...», *op. cit.*, pp. 4-5. En este ensayo, Chakrabarty incluye la orientación inicial de los Estudios Subalternos hacia la cuestión de la transición, como se reflejaba en las declaraciones programáticas de Ranajit GUHA en «On Some Aspects...», *op. cit.*, y en el propio *Rethinking Working-Class... op. cit.*, de Dipesh CHAKRABARTY.

²⁹ NEHRU, Jawarharlal: *Discovery of India*, Nueva York, John Day, 1946; CHATTERJEE, Partha: *Nationalist Thought and... op. cit.*

Si la historia funciona como una disciplina que interpreta ciertas formas de pensamiento y acción como «irracionales» y subalternas, entonces ¿no debería la crítica extenderse a las técnicas y procedimientos que utiliza? Haciendo frente a esta pregunta, Chakrabarty se vuelve hacia «una de las reglas más elementales de la evidencia en la escritura histórica académica: que tus fuentes deben ser verificables»³⁰. Señalando que esta regla asume la existencia de una «esfera pública», que está esperando para reproducir los archivos públicos y las obras históricas, sugiere que los cánones de la investigación histórica no pueden ayudar sino que experimentan una problemática vida en sociedades tales como la India. La idea de «vida pública» y «acceso libre a la información» debe luchar con el hecho de que el conocimiento es privilegiado y «pertenece a y circula en las numerosas y particulares redes del parentesco, la comunidad, los espacios generizados, [y] las estructuras de edad». Si éste es el caso, entonces, pregunta Chakrabarty, cómo podemos asumir la universalidad de los cánones de las obras históricas: «¿Qué clase de universales son?»³¹.

Es importante advertir que «Europa» u «Occidente» en los Estudios Subalternos se refiere a una imaginaria aunque poderosa entidad creada por un proceso histórico que la autorizó como el hogar de la Razón, el Progreso y la Modernidad. Para anular la autoridad de tal entidad, diseminada y universalizada por el imperialismo y el nacionalismo, se necesita, en palabras de Chakrabarty, la «provincialización de Europa». Pero ni el nativismo ni el relativismo cultural infunden vida a este proyecto de provincialización de Europa; no hay llamadas a invertir la jerarquía Europa-India y no hay intentos de representar a la India a través de una perspectiva «india», no occidental. En vez de eso, el reconocimiento de que el «historiador del tercer-mundo está condenado a conocer a ‘Europa’ como la cuna original de la ‘modernidad’, mientras el historiador ‘europeo’ no comparte una situación comparable con respecto a los pasados de la mayoría del género humano», sirve como condición para una reconsideración deconstructiva de la historia³². Tal estrategia busca hallar en el funcionamiento de la historia como disciplina —en el sentido de Foucault— la fuente para otra historia.

Este es un movimiento familiar para la crítica postcolonial y no debe ser confundido con enfoques que insisten simplemente en la construcción social del conocimiento y las identidades. Rastrea en la historia del colonialismo no sólo para documentar su crónica de la dominación, sino también para identificar sus fracasos, silencios y callejones sin salida; no sólo para registrar la evolución de los discursos dominantes, sino para seguir las huellas de las posiciones (subal-

³⁰ CHAKRABARTY, Dipesh: «Trafficking in History...», *op. cit.*, p. 106.

³¹ *Ibidem*, p. 107.

³² CHAKRABARTY, Dipesh: «Postcoloniality and the...», *op. cit.*, p. 19.

ternas) que podrían no ser adecuadamente reconocidas y nombradas, solamente «normalizadas». El propósito de tal estrategia no es desenmascarar los discursos dominantes, sino explorar sus líneas de fractura para proporcionar relatos diferentes, para describir historias reveladas en las grietas de la arqueología colonial del conocimiento³³.

Esta perspectiva se sustenta en las críticas de las oposiciones binarias que, como Frederick Cooper advierte en su ensayo en este *Forum*, los historiadores de los antiguos imperios miran con recelo. Es cierto, como Cooper señala, que las oposiciones binarias ocultan historias entrelazadas y compromisos en medio de las dicotomías, pero la crítica debe ir más allá. Oposiciones tales como Este/Oeste y colonizador/colonizado son sospechosas no sólo porque distorsionan la historia de los compromisos, sino también porque ellos eliminan, suprimen y marginan todo lo que trastorna los valores fundacionales. Es a este respecto que la estrategia de Jacques Derrida para deshacer las implacables oposiciones del dominio occidental es de alguna relevancia.

La metafísica —la mitología blanca que reúne y refleja la cultura de Occidente: el hombre blanco toma su propia mitología, la indo-europea, su *logos*, es decir, el *mythos* de su idioma, por la forma universal de lo que todavía debe querer llamar la Razón [...] Mitología blanca —la metafísica ha borrado en sí misma la escena fabulosa que la ha producido y que sigue siendo, no obstante, activa, inquieta, inscrita en tinta blanca, dibujo invisible y cubierto en el palimpsesto³⁴.

Si la producción de la mitología blanca ha dejado, sin embargo, «un dibujo invisible y cubierto en el palimpsesto», Derrida sugiere que la estructura de significación, de la «différance», puede ser rearticulada de manera distinta que eso que produjo el Occidente como Razón. Más aún, la fuente de la rearticulación de las estructuras que producen mitos fundacionales —la Historia como la marcha del Hombre, de la Razón, del Progreso— yace dentro, no fuera, de su ambivalente funcionamiento. Desde este punto de vista, el trabajo crítico busca su base no fuera sino dentro de las fisuras de las estructuras dominantes. O, como lo expresa Gayatri Chakrabarty Spivak, la posición filosófica deconstructiva (o crítica postcolonial) consiste en decir un «'no' imposible» a una estructura que uno critica, aunque la habita íntimamente³⁵.

³³ Véase, en relación con esto, BHABHA, Homi K.: «Of Mimicry and Man: The Ambivalence of Colonial Discourse», en H. K. Bhabha, *Location of Culture... op. cit.*, pp. 85-92.

³⁴ DERRIDA, Jacques: *Margins of Philosophy*, Chicago, Chicago University Press, 1982, p. 213. [Ed. esp.: *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 253].

³⁵ SPIVAK, Gayatri Chakravorty: «The Making of Americans, the Teaching of English, the Future of Colonial Studies», *New Literary History*, 21 (1990), p. 28.

El potencial de esta posición deconstructiva ha sido eficazmente explorada en las lecturas recientes de los documentos de archivo sobre la abolición del *sati*, el sacrificio hindú de la viuda de principios del siglo diecinueve. El historiador encuentra estos registros, como he sugerido en otra parte, como la evidencia de las luchas entre la «misión civilizatoria» británica y el paganismo hindú, entre la modernidad y la tradición, y como una historia del comienzo de la emancipación de las mujeres hindúes y del nacimiento de la India moderna³⁶. Esto es así porque, como muestra Lata Mani, la misma existencia de estos documentos tiene una historia que perpetúa el uso de las mujeres como el espacio para las construcciones de la élite masculina colonial e indígena de las tradiciones autoritarias hindúes³⁷. Las preguntas planteadas a las fuentes acumuladas sobre el *sati* —si la quema de viudas estaba sancionada o no por los códigos hindúes, si fueron las mujeres involuntariamente a la pira funeraria, sobre qué fundamentos podría ser abolida la inmolación de mujeres— nos llegan marcadas por su historia de principios del siglo XIX. La confrontación actual del historiador con las fuentes sobre el *sati*, por lo tanto, no puede escapar al eco de esta unión anterior. Al repetir este encuentro, ¿cómo puede el historiador no reproducir hoy la puesta en escena de la cuestión de principios del siglo XIX como una contienda entre tradición y modernidad, entre la esclavitud de las mujeres y los esfuerzos por su emancipación, entre las prácticas bárbaras hindúes y la «misión civilizatoria» británica? Mani aborda este dilema examinando cómo tales preguntas fueron hechas y con qué consecuencias. Mani muestra que los argumentos contrapuestos dieron por supuesta la autoridad de la tradición escrituraria de la ley-dada como el origen de las costumbres hindúes: los que apoyaron y los que se opusieron al *sati* buscaron la autoridad para sus creencias en los orígenes textuales. En otras palabras, el debate del siglo XIX inventó la autoridad de los textos como hinduismo sin reconocer su operación de autorización; el patriarcado indígena y el poder colonial se confabularon en la construcción de los orígenes a favor y en contra del *sati* mientras ocultaban su complicidad. Consecuentemente, como Spivak manifiesta desoladoramente, el debate no dejó espacio para la posición enunciativa de la propia viuda. Presa en la lucha sobre si las tradiciones sancionaban o no el *sati* y sobre si la viuda se auto-inmolaba voluntariamente o no, la mujer colonizada subalterna desapareció: fue literalmente extinguida por su marido fallecido en el discurso patriarcal indígena, o se le ofreció la opción de hablar con la voz de un soberano individual autenticado por el colonialismo³⁸. El problema aquí no es de fuentes (la ausencia de testimonios

³⁶ Este debate de las *sati* se apoya en gran medida en mi «Postcolonial Criticism and Indian Historiography», *Social Text*, 31-32 (1992), p 11.

³⁷ MANI, Lata: «Contentious Traditions: The Debate on Sati in Colonial India», *Cultural Critique*, 7 (otoño 1987), pp. 119-56.

³⁸ SPIVAK, Gayatri Chakravorty: «Can the Subaltern Speak?», en C. Nelson y L. Grossberg (eds.),

de la mujer), sino de la puesta en escena del debate: éste no dejó ninguna posición desde la cual la viuda pudiera hablar.

Este silencio de las mujeres subalternas, argumenta Spivak, marca el límite del conocimiento histórico³⁹. Es imposible recuperar la voz de la mujer cuando no le fue dada una posición-de-sujeto desde la cual hablar. Este argumento parece ir en contra de la convención historiográfica de intentar recuperar las historias de los tradicionalmente no tomados en cuenta—las mujeres, los trabajadores, los campesinos y las minorías. Lo que Spivak sostiene, no obstante, no es que tales recuperaciones no deban ser emprendidas, sino que el mismo proyecto de recuperación depende de la erosión histórica de la «voz» subalterna. La posibilidad de recuperación, por lo tanto, es también un signo de su imposibilidad. El reconocimiento de la condición aporética del silencio de los subalternos es necesario para someter la intervención del crítico-historiador a una interrogación persistente, para evitar la refracción de «lo que podría haber sido el absoluto Otro en otro domesticado»⁴⁰.

El que la crítica postcolonial tome esta dirección la convierte en una práctica ambivalente, encaramada entre la historiografía tradicional y sus fracasos, dentro de los pliegues de los discursos dominantes e intentando rearticular su silencio preñado—bosquejando «un dibujo invisible y cubierto en el palimpsesto»—. Esto no debe ser confundido con el pastiche postmoderno, aunque la presente generalización de conceptos tales como sujetos descentrados y textos paródicos puede suministrar un marco receptivo y apropiado para la crítica postcolonial. La crítica postcolonial se aprovecha de los silencios del discurso y de los instantes aporéticos no para celebrar la polifonía de las voces nativas ni para privilegiar la multiplicidad. Antes bien, su sentido es que el *funcionamiento* del poder colonial era heterogéneo con respecto a las oposiciones en que se fundaba. El «nativo» era a la vez un otro y lo totalmente cognoscible; la viuda hindú era una subalterna silenciada que fue sin embargo buscada como un sujeto soberano al que se le exigió declarar si su inmoliación era voluntaria o no. Claramente, los discursos coloniales operaron como la estructura de la *escritura*, con la estructura de su enunciación permaneciendo heterogénea con respecto a las oposiciones binarias que ellos instituyeron.

Esta perspectiva sobre la historia y la posición que la crítica postcolonial ocupa dentro de ella presta atención a las condiciones del conocimiento histórico y a la

Marxism and Interpretation of Culture, Urbana, Ill., 1988, pp. 271-313, especialmente pp. 299-307.

³⁹ Para más sobre esta discusión en torno a la mujer colonizada atrapada entre el patriarcado indígena y las políticas de la producción de archivo, véase SPIVAK, Gayatri Chakravorty: «The Rani of Sirmur: An Essay in Reading the Archives», *History and Theory*, 24 (1985), pp. 247-72.

⁴⁰ SPIVAK, Gayatri Chakravorty: «Three Women's Texts and a Critique of Imperialism», *Critical Inquiry*, 12 (1985), p. 253.

posibilidad de su reinscripción. Es precisamente esta doble visión la que permite a Shahid Amin utilizar los límites del conocimiento histórico para su reinscripción. Su monografía sobre la violencia campesina en 1922 en Chauri Chaura es a la vez escrupulosamente «local» y «general». Ofrece una «densa descripción» de un acontecimiento local desarrollado en un más amplio escenario por el nacionalismo y la práctica historiográfica. Amin se vale de esta escenificación general (nacional) de lo local no sólo para mostrar que la nación India surgió en su narración, sino también para marcar la tensión entre los dos como el punto en el que la memoria subalterna de 1922 puede entrar en la historia. Esta memoria, reclamada por el autor durante su trabajo de campo, no es invocada para presentar un relato más «completo» sobre el acontecimiento ni para recuperar al subalterno. De hecho, tratando las lagunas, contradicciones y ambivalencias como componentes constitutivos, necesarios de la narrativa nacionalista, Amin inserta la memoria como un dispositivo que al mismo tiempo disloca y reinscribe el registro histórico. El resultado no es una arqueología del nacionalismo que produce estratos inanimados de evidencias y episodios suprimidos. En vez de eso, alcanzamos un escenario sobre el cual varios dramas diferentes pero interrelacionados son representados, disputándose la atención y la prominencia; los telones son recorridos repentinamente sobre algunos de ello, y con frecuencia las voces de los actores campesinos sólo pueden ser oídas en el estruendo de las otras voces, más poderosas.

Leer el trabajo de Amin de esta manera muestra, espero, que su estrategia deconstructiva no «alivia» la tensión que ha existido, como Florencia Mallon advierte correctamente, en esta disciplina desde el mismísimo comienzo. Seguramente, el relato de Amin no está animado por el impulso de recobrar al subalterno como un sujeto autónomo. Antes bien, Amin sitúa su indagación en la tensión entre la demanda nacionalista de conocer al campesino y su representación de los subalternos de Chauri Chaura como «criminales». El subalterno sigue siendo una presencia recalcitrante en el discurso, a la vez parte de la nación y exterior a ella. Amin transita entre estas dos posiciones, demostrando que la insurgencia subalterna dejó su marca, aunque desfigurada, en el discurso «un dibujo y cubierto en el palimpsesto».

Ni la reinterpretación de Amin del suceso de 1922 ni el proyecto de Chakrabarty de «provincializar Europa» pueden disociarse de las críticas postcoloniales de las disciplinas, incluida la disciplina de la historia. De esta manera, aunque los Estudios Subalternos se han alejado de su objetivo inicial de recuperar la autonomía subalterna, el subalterno ha surgido como una posición desde la cual la disciplina de la historia puede ser repensada. Esta reconsideración no implica el rechazo de la disciplina y sus procedimientos de investigación. Todo lo contrario. Como escribe Chakrabarty, «no es posible simplemente alejarse de la profunda

confabulación entre la «historia» y la narrativa(s) modernizadora(s)»⁴¹. Tampoco es posible abandonar la investigación histórica como disciplina académica en el sentido en que es practicada en las universidades y ejerce la función de universalizar el capitalismo y el estado-nación. No existe alternativa excepto habitar la disciplina, investigar en los archivos, empujar hacia los límites del conocimiento histórico para transformar sus contradicciones, ambivalencias y lagunas en fundamentos para su reescritura.

Si la poderosa intervención de los Estudios Subalternos en la historiografía del Sur de Asia se ha convertido en una aguda crítica de la disciplina de la historia, esto es porque el Sur de Asia no es un ámbito aislado, sino que está entretelado en la red del discurso histórico centrado, como argumenta Chakrabarty, en el Occidente moderno. A través de las largas historias del colonialismo y el nacionalismo, el discurso de la modernidad, del capitalismo y de la ciudadanía ha adquirido una fuerte aunque peculiar presencia en la historia de la región. Las instituciones de educación superior en el Sur de Asia, relativamente amplias y prósperas, han funcionado desde mediados del siglo XIX en relación con la academia metropolitana, incluyendo los centros para los estudios del Sur de Asia en Occidente. Por todas estas razones, la investigación histórica de la India ha estado especialmente situada tanto para experimentar como para formular penetrantes críticas de los discursos metropolitanos, incluso aunque su campo de estudio siga siendo el Sur de Asia. El mérito de los Estudios Subalternos radica en que se volvieron hacia esta imbricación del Sur de Asia con el Occidente moderno y la tomaron como base para convertir su intervención en la historia del Sur de Asia en una crítica de los discursos autorizados por el dominio occidental.

Los Estudios Subalternos han arribado a su crítica comprometiendo tanto al marxismo como al postestructuralismo. Pero la naturaleza de estos compromisos es compleja. Si la influencia del marxismo de Gramsci es palpable en el concepto de subalterno y en el tratamiento de temas tales como la hegemonía y la dominación, el marxismo es a su vez sometido a la crítica postestructuralista del humanismo europeo. Debe advertirse, sin embargo, como señala Spivak, que mientras «existe una afinidad entre el sujeto imperialista y el sujeto del humanismo», la crítica europea del humanismo no proporciona la fuerza motriz primaria para el proyecto de los Estudios Subalternos⁴². Así, aunque este proyecto utiliza el análisis genealógico de Foucault para desentrañar el discurso de la modernidad, se basa en lo subalterno como posición desde la que hacer su crítica. La recalcitrante presencia del subalterno, marcando los límites del discurso dominante y de las disciplinas de la representación, es lo que permite a los Estudios Subalternos identificar la proveniencia

⁴¹ CHAKRABARTY, Dipesh: «Postcoloniality and the...», *op. cit.*, p. 19.

⁴² SPIVAK, Gayatri Chakravorty: «Subaltern Studies: Deconstructing...», *op. cit.*, p. 337.

européa del relato de Marx sobre el capital para desvelar el pensamiento ilustrado que está implícito en su análisis. Es fuera de Europa, en los lugares subalternos, donde la narrativa emancipatoria de Marx se revela como un *telos* profundamente comprometido con un discurso que fue en su día parte del colonialismo y que sirve ahora para legitimar el estado-nación⁴³. Tal compromiso crítico y complejo con el marxismo y el postestructuralismo, que deriva su fuerza del concepto de subalterno, es lo que define el proyecto de los Estudios Subalternos.

Claramente, los Estudios Subalternos obtienen su fuerza como crítica postcolonial de la combinación catacrésica del marxismo, el postestructuralismo, Gramsci y Foucault, el Occidente moderno y la India, la investigación de archivo y la crítica textual. A medida que su proyecto es traducido a otras regiones y disciplinas, las historias discrepantes del colonialismo, el capitalismo y la subalternidad en diferentes áreas tendrán que ser reconocidas. Corresponde a los estudiosos de estos campos, incluyendo los europeos, determinar cómo usar las ideas de los Estudios Subalternos sobre la subalternidad y su crítica de la genealogía colonial del discurso de la modernidad. Pero merece la pena tomar en cuenta que los Estudios Subalternos en sí mismos son un acto de traducción. Al representar una negociación entre la historiografía del Sur de Asia y la disciplina de la historia centrada en Occidente, sus ideas no pueden ser ni limitadas al Sur de Asia ni globalizadas. Al transitar entre las dos, y originarse como una secuela ambivalente colonial, los Estudios Subalternos exigen que su propia traducción también se lleve a cabo entre líneas.

⁴³ CHAKRABARTY, Dipesh: *Rethinking Working-Class... op. cit.*, pp. 224-29.